



## CAPÍTULO IX

### De regreso

---

**D**os meses y medio estuve sola: Aquiles andaba en compañía de S. M., que salió á recorrer su imperio á manera del señor de Barba Azul. El veinticuatro de Octubre salimos de México Lola Quezada y yo en unión de la Emperatriz, que iba á recibir á su marido hasta Toluca. Nunca podré olvidar aquella jornada deliciosa en que Carlota atravesó serena, sonriente y llena de animación el Monte de las Cruces, el Llano de San Lázaro y Lerma hasta llegar á la antigua capital del Estado de México. La señora, encantada de la respetuosa acogida de las poblaciones, de la belleza del camino y de lo pintoresco de los uniformes franceses, compuso una animadísima relación de que se imprimieron cinco ó seis ejemplares: el que me tocó lo guardo



como oro en paño y no me desharé de él por ningún precio.

Escoltaban al Emperador un escuadrón de caballería francesa y un escuadrón del primer regimiento de caballería de su guardia mexicana, y seis carruajes y doce caballos componían el equipaje. En esta ocasión vi por primera vez al Emperador vistiendo el traje charro: chaqueta corta de color rojo, pantalonerías abiertas hasta las corvas y cerradas por arriba con escuditos de oro, sombrero ancho con toquillas de galón, silla plateada, soga y machete en sus sitios.

¡Pobre Maximiliano! él, que tan guapo era, que tan bien sabía llevar toda la ropa, que con su elegancia natural daba tan poco que hacer á su sastre, vistiendo el traje nacional se miraba tan desgarbado, tan triste, tan falto de aire y de gracia, que el gallardo atavío de nuestros rancheros le venía como un sambenito. Como tenía las piernas tan largas, las acciones eran larguísimas; como no estaba acostumbrado á la silla mexicana, apenas tocaba los estribos con los pies y se sentaba apoyándose en la teja; como tenía el busto tan grande, lo encorvaba sumiendo la cabeza, de manera que parecía que el sombrero estaba puesto sobre los hombros.

Maximiliano caminaba generalmente en uno de los coches; pero para entrar en las poblaciones se acomodaba el trajecillo que tenía dispuesto, y que aunque le quedaba

como á un Crucifijo un par de pistolas, se le figuraba había de producir muy buen efecto.

Oficialmente se había determinado que no hubiera en México demostración ninguna; mas de ocultis y para que la cosa pareciera espontánea, se había pagado á gentes que regaran las calles de flores, levantaran arcos de verdura y aclamaran á Sus Majestades. Así entraron de nuevo Maximiliano y Carlota á la dichosa capital de su imperio.

Aguardaba con impaciencia el jueves inmediato para reunirme con Aquiles. Hubo quejas mutuas, recriminaciones terribles y mucho de «¿Por qué no me escribiste?» — «Porque tú no me escribías.» — «No sabía dónde andabas.» — «Podías haber utilizado el correo de gabinete», — y otras sandeces que concluyeron, como siempre, con una reconciliación en que los besos eran más que habían sido los mordiscos. Al fin llegamos al tópico que prefería mi hombre: la política. Le pedí nuevas del viaje y me las dió desconsoladoras.

— S. M... S. M. no está bueno, no rige bien de la cabeza; le falta un tornillo... Cuatro meses lleva en el gobierno y nada ha hecho que valga la pena... Dios ponga tiento en sus manos, porque de otra manera vamos á ver el desbarajuste del siglo.

— Pero, Aquiles mío, ¿qué, no te acuerdas de que el Emperador ha vivido tantos años en la Lombardía? Pues



allí aprendió aquello de que *chi va piano va sano e va lontano*.

— Temo que él no resulte tan sano como debiera. Ya les dió de mano á los conservadores y se metió con los liberales... ¡Dios le coja confesado! Ramírez, Cortés Esparza y casi todo su ministerio, son los califas, los apoderados, los *alter magots* de Juárez... En el camino pasaron cosas chuscas: en Querétaro supo que había más de cincuenta mil indios serranos que no habían recibido el bautismo; averiguó que el Obispo, un tal Gárate, andaba fuera de su diócesis y le telegrafió para que se restituyera á ella; el Obispo contestó que no podía ir porque el palacio episcopal estaba en compostura y le parecía indecoroso irse á meter á una casa particular con *su familia*... y sus libros... Maximiliano dispuso que salieran para la sierra algunos curas á administrar los sacramentos, y al día siguiente regresaron diciendo que ya habían terminado su tarea: S. M. decía que de seguro habían bautizado con bomba de incendios.

— Pues eso no demuestra sandez sino buen sentido de parte de S. M.

— Mas en cambio, ¡qué rasgos tan curiosos hay y qué *félure* descubren en la cabeza de S. M.!... En Querétaro tuvo deseos de adoptar un niño indio, criollo de la sierra, para granjearse el amor de la gente aquella. Le llevaron al primer indio que vino á la mano, que por cierto ni siquiera

procedía de la sierra. Ya estaba bautizado, pero á fin de que el Emperador fuera su padrino, se le bautizó nuevamente: lo que abunda no daña... El nene, que era un ajolotillo moreno y feúcho como nadie, recibió en la pila bautismal los nombres de Maximiliano, Carlos, Francisco, Librado, en memoria de su padrino, de la Emperatriz, del Emperador de Austria y de la santa en cuyo día había nacido... El infante quedó encomendado á un tal Licea, médico del lugar, y todavía á la hora de nuestra salida vimos al príncipe Maximiliano Carlos chupando el seno de una mujerona que le pusieron como nodriza... Allí estuvo el daño: Su Alteza Imperial, que estaba hecho á la leche delgada y sin jugo de la india que le había echado al mundo, al sorber la otra gruesa y abundante en principios vitales, cogió una indigestión, le vino una diarrea verde y á los tres días se recibía en Irapuato la pregunta de cuál debía ser el ceremonial con que se enterrara al príncipe: S. M. ordenó contestar que se le sepultara como á cualquier hijo de vecino... Licea (esto lo supimos á poco), creyendo que se trataba en realidad del heredero de la corona, levantó un catafalco valiéndose de cajas que habían servido para guardar vinos y de una mesa paticoja destinada á planchar á domicilio; cubrió todo con terciopelo negro del barato, recortó en papel plateado las armas de Austria y las de México, simuló con los recortes lágrimas que constelaban aquí y allá la negrura del paño, mandó encender cirios



de arroba y se puso á llorar tristemente en unión de su familia y criados... Entretanto llegó la orden para que se tratara al cadáver del príncipe Maximiliano, Carlos, Francisco, Librado con el ceremonial con que se trata al indio más incivil, y aquí fué la decepción de Licea: apagó los cirios, desgarró los paños fúnebres, arrancó con mano airada las lágrimas de papel y las sendas águilas de una y dos cabezas y echó al suelo el ataúd del muertecito declarando queapestaba: ya hedía, en efecto, y por la tarde, en hombros de un chicuelo que quiso encargarse de la cosa, fué transportado al hoyo que le tenían dispuesto el pobre indezuelo víctima de las vicisitudes del mundo, cuando apenas tenía tres meses de edad... El cabildo quetetano, el clero catedral, el Vicario que estaba al frente de la diócesis, la oficialidad francesa y la mexicana, se quedaron con sus uniformes, sus sables, sus trompetas, sus capas pluviales, sus acetres, sus músicas á la sordina, sus cañonazos, sus responsos y sus vigiliass, preparados y sin empleo, pues el pobre príncipe fué enterrado de incógnito y privado de ceremonial.

Me reí un buen rato, y Aquiles bebió una copa de cognac que saboreó lentamente, con fruición de docto en el conocimiento de los caldos.

— En León, continuó el vizconde, tuvimos gran recepción, baile y festejos de todas clases: allí recibió el Emperador á Uraga, Vidaurri y Quiroga, generales republica-



... se puso á llorar tristemente en unión de su familia...



nos que se acababan de adherir al imperio, y para demostrar su mala voluntad á los conservadores, mandó tocar la canción de los *Cangrejos* durante la comida que ofrecía á los liberales... En Morelia rechazó el *Te Deum* y las fiestas religiosas que le ofrecía el cabildo: con un vestidillo claro, á pie y sin guardia, llegó á la catedral, llamó á un clérigo, le encargó que dijera una misa rezada, la oyó, la pagó y no volvió á ocuparse más que en atraerse á los liberales.

— ¿Y qué discurso fué ese que pronunció en Dolores?

— Lo más impolítico y lo más necio: á los pobres cangrejos les puso como ropa de pascua, y á los liberales no les conquistó, pues consideraron un sacrilegio la presencia de Maximiliano en la casa donde se proclamó la independencia de México. ¡Y qué literatura! Habla de una gran palabra que resonó del pecho de un humilde anciano, palabra que retumbó como un trueno y que brilló como un relámpago despertando á las gentes del letargo en que yacían... Estando de viaje recibimos la noticia de la elevación de Bazaine al grado de Mariscal, y el Emperador le escribió para felicitarle por el ascenso: dice que sólo mira como deplorable el hecho de que el Mariscal tenga que salir del país.

— ¿Eso dice? interrumpí; pues en cambio, en el palacio no se trata más que de los males que hace, de las expo-